

PRIMERA PARTE

HAWTHORNE COLLEGE

Día de los Graduados 29 de enero de 2011

Éste es nuestro final.
Una voz se oye en el fondo de mi mente.

Salta.

Inhalo, una respiración superficial, y mi pecho se eleva. La inminente tormenta de nieve se cierne sobre nosotros, el aire frío se siente en nuestros huesos. Debajo, el agua negra estancada susurra nuestros nombres, entusiasmada de filtrarse en nuestros poros. Jadeamos, abotargados, y nuestro aliento caliente ondula en nubes estrechas sobre nuestras cabezas. Incluso si quisiéramos correr, no podríamos hacerlo.

El canto se hace más sonoro. Los seis nos agarramos de las manos, torpes y delirantes, y unimos nuestros cuerpos semidesnudos. Hombro con hombro. Los vellos rubios de mis brazos se erizan, como queriendo tocar las nubes. Gemma y Khaled exhalan, inhalan... nerviosos, aprensivos.

Salta.

Cierro los ojos, siento los delicados dedos de Ruby entrelazados con los míos. Max, al otro lado, aprieta mi mano para tranquilizarme.

John, alto y firme, comienza la cuenta atrás. Engañándonos para que no pensemos que estamos a punto de in-

molarnos dentro del lago congelado. Su confianza solidifica nuestro impulso. No hay vuelta atrás.

—Cuatro, tres...

Mantengo la calma, y la voz de papá irrumpe en mi cabeza. Con los ojos cerrados, el ruido del mundo exterior disminuye, y puedo verlo inclinarse para susurrar en mi oído. Él me lleva a la universidad, se despide de su única hija. Debe transmitirle algo de su sabiduría, asegurarse de que los primeros pasos que ella dé sean los correctos. Veo a mi madre, borrosa, detrás de él. Mira con nostalgia a la multitud de estudiantes de primer año, con una línea triste dibujada en sus labios. Sé que se centrará particularmente en los chicos, los que tienen pecas y mechones de pelo rubio. Querrá ver el rostro de mi hermano en esa multitud, y luego me mirará a mí, y esa línea triste poco a poco llevará a una sonrisa forzada. Papá se acerca más, su mano coge mi brazo. Le dedico mi atención. Su agarre es firme, pero no me molesta. Dice una palabra y luego se retira, buscando leer mi rostro. Sé que intenta ver si ha causado algún tipo de impresión en mí, así que asiento. Sigo su ejemplo, como una niña obediente. Mis padres se dirigen al aparcamiento y conducen hasta el aeropuerto para llegar al calor y la humedad del lugar donde nací, y cuando entran en su casa vacía, la palabra que él me susurró resuena en mis pensamientos. Conecta cada uno de mis movimientos de los años por venir, establece el ritmo de mi pulso.

Siento un tirón en mi mano, y mis ojos se sobresaltan, se abren de par en par.

—Dos...

Salta.

La voz de John se hace presente y poderosa.

—¡Uno!

Nuestros cuerpos se mueven hacia delante, hacia arriba.

Por un breve instante, nos encontramos suspendidos en el aire, y me gustaría que pudiéramos quedarnos allí. Mis amigos lanzan alaridos y se retuercen. Escucho la euforia en sus gritos. Han esperado su turno para saltar durante tanto tiempo. Después de cuatro años en los bosques de Maine, por fin estamos aquí. Esto es lo que cada estudiante de primer a tercer año observa hacer a los que por fin se van a graduar, invierno tras invierno.

Hace tres años, fuimos testigos del Salto por primera vez, apiñados en un comprimido grupo, mientras nos pasábamos una botella de vodka barato. El licor quemaba nuestras gargantas, pero recibíamos con agradecimiento su calor en nuestras entrañas. El Salto significaba que tu estancia en el Hawthorne College estaba llegando a su fin. Nuestra pintoresca educación en humanidades estaba casi completa. El agujero en el hielo representaba un rito iniciático, el comienzo del fin. Era imposible explicárselo a cualquier persona ajena: a los estudiantes de otras universidades, a los miembros de la familia que estaban en casa. Era nuestro, y protegíamos celosamente su extraña naturaleza.

Un trueno de aclamaciones y aplausos nos envuelve. Nuestros compañeros nos miran. Sé que están observando nuestros rostros, notando el terror y la alegría que se combinan a un tiempo con el agua helada. Soy muy consciente de que se supone que esta tradición debe disfrutarse, y suelto un chillido cuando mis talones desnudos se hunden a través del agujero negro.

El agua fría agujeronea mi piel y, mientras me hundo, mi cuerpo sufre una conmoción. Cierro los ojos en el agua turbia, las voces se apagan.

Siento cómo mis amigos patalean para salir del lago y volver al hielo, ansiosos por calentarse. El silencio invita. Tranquilo, pacífico. Éste es el lugar al que pertenezco.

Escucho la voz de Ruby gritando mi nombre. Se escucha tan lejana. Veo movimiento por encima de mí a través de la superficie. El rostro de Ruby se rompe en píxeles en la mancha acuosa. Sus brazos se aferran a su pecho y sus piernas se presionan con firmeza, buscando contener el calor de su cuerpo.

—Malin —grita, su voz desafinada y ahogada en las burbujas. Obligo a mis piernas y brazos a moverse al unísono, y me impulso hacia arriba. Sólo cuando alcanzo la superficie y jadeo en busca de aire, mi respiración se reanuda. Nado hasta el borde áspero y coloco una de mis manos contra el hielo cincelado. Este invierno ha sido amargamente frío, pero casi no hay nieve, todavía no.

Ruby tira de mí para sacarme del agua, sus dientes fríos castañetean. Max está arrodillado detrás de ella, con una mano firme en su espalda y la otra estirada para agarrar mi mano resbaladiza. La alcanza y también tira de mí hacia arriba, sobre el borde irregular. Veo a los otros, John, Gemma, Khaled. Ya caminan al borde del lago para envolverse en sus toallas y beber una taza de chocolate caliente.

El aire está cargado de alcohol, marihuana y el revuelo de la tradición. Escucho risas y el rugido de las aclamaciones cuando completamos nuestro salto. Mi sangre bombea a toda marcha para calentar mi cuerpo; las uñas de mis pies son de un azul profundo y mi cabello trenzado es hielo sólido. Quiero mis calcetines y mis botas, y paso la mirada por la orilla en busca del grupo de juncos donde los dejé, junto con el resto de mi ropa. Todos hablan y ríen entre labios morados y dien-

tes que castañetean. Ruby me abraza, y nuestra piel de gallina se acopla, como un engranaje, en nuestros cuerpos desnudos. Sonrío, a ella, a los demás, mientras nos retiramos juntos. El agujero en el hielo queda detrás. Ruby me habla, pero su voz se desvanece cuando envuelvo una toalla alrededor de mi cuerpo y vamos hacia la fogata. Me aseguro de parecer que estoy prestando atención. Tengo demasiado frío para hablar, pero sonrío, como siempre.

Algo inminente nos rodea, pero no tenemos ni idea de que está ahí. Mañana por la mañana nos sentaremos a desayunar en el comedor, como siempre, y nos daremos cuenta de que uno de nosotros se ha ido.

La policía llegará al campus. Las luces de la ambulancia destellarán a través de los bosques cubiertos de nieve. Observaremos cómo se llevan un cuerpo en una camilla, mientras la policía nos indica que permanezcamos atrás.

Nos harán preguntas, hablaremos sobre lo que pasó por la noche. Nuestros recuerdos serán confusos. Estábamos bebiendo, habíamos perdido la cabeza, como hacen los típicos universitarios. Nos mirarán y tratarán de descubrir si deberíamos creernos. O no.

Tendrán motivos para interrogarnos.

Todos guardamos secretos sobre este día, y nuestro grupo se disolverá incluso antes de la graduación. Con una pieza que falta en nuestro rompecabezas, nos desmoronaremos.

Ruby habla sobre el frío, el Salto, la adrenalina, pero lo único que oigo es la palabra que papá susurró a mi oído, golpeando en mi cabeza.

Finge.

Primer año

Aquellas primeras semanas en Hawthorne aparecen en mi mente como libros en un estante, pulcros y ordenados, separados por género. Me pregunto si los demás lo recuerdan como yo. Trozos y piezas de recuerdos, momentos dispersos, cosas que dijimos, que hicimos. Las razones por las que llegamos a estar tan unidos; todo se reduce a esos primeros días, en los que las inseguridades y los nervios nos unifican.

Después de que mis padres llevaran mis pertenencias a mi habitación desnuda y me escoltaran al comedor, me encontré sola. No conocía a nadie, y vivía en una habitación individual en la residencia del campus. Me recordó a mi primer día en el jardín de infancia. Mi madre me había dejado ahí, y su olor todavía persistía en el aire después de que se hubo marchado. Ella usaba un perfume que definía partes de mi infancia, cada recuerdo se mezclaba con esa fragancia. Me senté en una de las mesas comunales en miniatura, en silencio y calma, mientras mis compañeros entraban en pánico, lloraban, gritaban y montaban rabietas. La universidad era similar, salvo por el espectáculo. Ahora todos eran mayores, capaces de ocultar su miedo, pero los huecos en sus estómagos los corroían, y pude ver el mismo pánico en sus

ojos. Se preguntaban si harían amigos, si encontrarían un lugar donde pudieran encajar durante los próximos cuatro años de sus vidas. Levanté la vista hacia el nuevo y resplandeciente comedor, cuya construcción apenas había terminado el último verano; sus paredes de cristal reflejaban una luz cálida en mis ojos. Los carteles pegados en el exterior promovían clubes universitarios y eventos deportivos. Pensé en mis padres, que estarían cruzando en ese momento la frontera entre Maine y Nueva Hampshire, conduciendo por debajo del límite de velocidad a través de la carretera interestatal 95, hacia el aeropuerto de Boston. Mi madre quizás estaría mirando por la ventana mientras papá conducía, observando los árboles pasar, preguntándose cuándo comenzarían a mudar sus hojas.



Al primero que conocí fue a John, antes de que nadie más entrara en mi vida en Hawthorne. Todos me consideraron la mejor amiga de Ruby, su compinche, desde el primer día. No afirmé lo contrario. Además, la gente se sentía atraída por Ruby, su coleta de pelo castaño y su sonrisa permanente atraían la atención, yo no. Todos querían estar cerca de ese tipo de perfección. La gente asumió que ella me había arrancado de entre la multitud de chicas dispuestas a ser sus amigas cuando, en realidad, fui yo quien la eligió.

El comedor estaba lleno de nuevos estudiantes, y algunos empujaban para abrirse paso hasta los asientos vacíos. Me quedé quieta, analizando mis opciones. La gente se presentaba, hablando de lo que habían hecho en el verano. No necesitaba elegir un asiento todavía. La charla comenzaría dentro de diez minutos. Podría beber un café del carrito de afuera.

Giré sobre mis talones y me alejé; me sentí aliviada en el espacio abierto y el aire fresco.

—Un café con hielo —le dije a la camarera que estaba detrás del carrito. Parecía mayor, tal vez éste era su trabajo en el campus. Tal vez estaría cursando el penúltimo año—. Solo, por favor.

—Igual para mí —dijo una voz a mis espaldas. Miré por encima de mi hombro, y tuve que levantar todavía más la mirada, para ver el rostro que emitía esa voz. No era normal que me sintiera pequeña.

Unos ojos azules me miraron fijamente. Él sonrió con una de esas sonrisas a medias, encantadora y extravagante, y tenía un rostro atractivo; su espeso cabello rubio sobresalía por debajo de su sombrero. Miré de nuevo a la camarera, tal vez demasiado rápido. Ella también lo miró fijamente, hasta que él se aclaró la garganta y ella nos entregó ambas bebidas.

—Yo invito —dijo. Antes de que pudiera protestar, él ya le había dado más de cuatro dólares.

—Eh, hum —murmuré—. Gracias, no era necesario.

—No hay problema —dijo él—. Mantén a tus amigos cerca, y a tus enemigos aún más cerca, ¿no es lo que dicen?

Lo miré confundida. Su boca se curvó en una sonrisa astuta.

—La pegatina —dijo, señalando algo en mi mochila—. ¿Los Texans? —señaló su sombrero de ala ancha—. Yo soy de los Giants.

Bajé la mirada a mi mochila. Papá le había puesto la pegatina después de que los Texans ganaran dos partidos seguidos el invierno anterior. Fue un gran acontecimiento porque lo usual es que pierdan, con mucha diferencia. Papá estaba tan emocionado que su rostro parecía el de un niño.

No lo había visto así desde que era pequeña, así que no quité la pegatina por temor a que su rostro cayera de nuevo en la aflicción.

—Bueno, sí, arriba los Texans —dije—. Aunque no creo que representemos una gran amenaza.

—Eh, nunca se sabe, quizá con unos buenos fichajes —respondió con un guiño.

Hablaba de esa manera relajada, tipo adolescente. Boba y dulce. Sonreí un poco, esperando parecer agradecida y agradable. Aunque, en realidad, estaba molesta. Odiaba estar en deuda con la gente. Sobre todo, con tipos como éste, que sabía que me pondría un mote de mascota y chocaría su mano con la mía cada vez que me viera, o me ofrecería su puño para golpear el mío, dejándome adivinar qué saludo elegiría. Normalmente prefiero pagar mi café.

Abrió la puerta del comedor para mí, y me deslicé dentro, ansiosa por alejarme para no tener que seguir hablando.

—John —alguien gritó desde el exterior y John, el forofo de los Giants soltó la puerta y dejó que se cerrara entre nosotros, al tiempo que ya le estaba dando al otro chico un apretón de manos y una palmada en la espalda. Parecían atletas, por la manera en que sus cuerpos se movían con gracia y precisión, a pesar del ligero aire de indiferencia que ambos cargaban sobre sus hombros. Líneas bronceadas en sus espillitas. Fútbol, supuse.

Me coloqué en la fila para recibir mi paquete de orientación y los observé a través del vidrio. Me pregunté si se acababan de conocer, si habrían jugado juntos en la pretemporada o si se conocían de antes. Era curioso observar a las personas interactuar, verlas decidir qué decir, cómo actuar. Su primera impresión era la más importante. Noté su lenguaje corporal,

los intentos por parecer despreocupados. Entonces intenté relajar mis hombros, pero fue inútil.

John y yo nos miramos fijamente y su boca se curvó en esa sonrisa sugestiva que vería mil veces. Me guiñó un ojo, y me volví rápido, fingiendo que no lo había visto. Prefería pasar desapercibida, pero había heredado la piel clara de porcelana y los ojos verdes de mi madre. Mis rasgos faciales eran simétricos y suaves, y sin importar cuánto comiera, mi cuerpo permanecía delgado. El sol de Texas tornaba mi cabello dorado, a pesar de mi necesidad de mostrarme discreta.

Volví la cabeza, pero aún podía sentir sus ojos en mí, estudiándome. Su risa retumbó cuando las puertas de cristal se abrieron y cerraron para otros estudiantes.

Había cierta familiaridad en él... en la forma en que sonreía, en cómo quería hacer algo agradable por mí, el color de su piel y su pelo. Tragué saliva y me obligué a que los recuerdos pasaran.



—Los amigos que hagas esta semana se convertirán en amigos de por vida.

Estaba escuchando a la chica que hablaba frente a nosotros, pero mis pies ansiaban moverse. Nunca lograba quedarme quieta durante mucho tiempo y ya estaba temiendo el resto de la orientación. No entendía por qué no podíamos leer simplemente el manual y seguir nuestro camino. Mi apetito estaba ávido por las clases, los horarios, la rutina. Esperaba que no nos obligaran a hacer ejercicios de vinculación en equipo.

La chica a mi izquierda jugaba con sus uñas. La observé retirar la irritada piel de la cutícula de su pulgar con su dedo

índice. Tirar, rascar, escarbar. Repitió esto hasta que la endurecida cutícula cayó al suelo.

—Básicamente, no os emborrachéis demasiado, ¿de acuerdo, chicos? —dijo la chica que estaba frente a nosotros—. Mejor llegar a un estado de *aturdimiento comfortable*.

Algunos de mis compañeros rieron. Me pregunté si la administración habría pensado que sería más conveniente traer a una estudiante de último año para tener una charla con nosotros sobre las drogas y el alcohol. Parecía estar funcionando.

Dirigí mi mirada hacia las copas de los pinos que contrastaban con el cielo nebuloso del verano, donde podía distinguir la punta del campanario de la capilla y la parte superior de los edificios académicos de ladrillo. Edleton, Maine, era un lugar idílico para una pequeña universidad de “humanidades”, ubicada entre bosques de arce, pino y roble. Cuando papá y yo la visitamos, en mi último año de instituto, el guía nos habló sobre el pequeño pueblo industrial, cómo los camiones de madera salpicaban las carreteras y llevaban la madera para transformarla en pulpa o pellas para calefacción. En ocasiones, tablones para suelos. A papá le interesaba más la explotación forestal que Hawthorne e insistió en que fuéramos al pueblo después; hizo fotos de todos los viejos molinos de piedra y el deteriorado molino de agua del río que alguna vez los había impulsado.

Durante el recorrido escuché a otro posible estudiante susurrar acerca de cómo los habitantes del lugar odiaban a los estudiantes privilegiados. Un joven había sido apuñalado hacía unos años, cuando se había desatado una pelea en un bar de la localidad. No lo habían llevado al hospital a tiempo, y se había desangrado en la acera.

A mi lado, la chica de la cutícula me dio un codazo en el brazo, mientras miraba a un tipo frente a nosotras. Seguí su mirada. El cabello del chico era negro azabache, su piel oscura era un grato soplo de aire fresco en este mar blanco, sus brazos estaban flexionados mientras jugaba al Tetris en su teléfono. Llevaba una sudadera con capucha y unos caros vaqueros oscuros. Sus pies estaban plantados firmemente en el suelo, sus relucientes zapatillas deportivas nuevas se juntaban con las perneras de sus pantalones.

Un susurro en mi oído:

—Es un príncipe.

Miré a la chica, su rostro parecía a punto de explotar por la incontenible emoción. Sus ojos brillaban, bajo el maquillaje que formaba grumos en sus pestañas. Escudriñé el resto de su cuerpo con el rabillo del ojo. Sus facciones eran oscuras, justo lo opuesto a las mías. Tenía la piel bronceada, ojos oscuros y vellos oscuros en los brazos. Me pregunté si sería una de las estudiantes internacionales, quizá de India o Sri Lanka. Sus uñas estaban pintadas con un esmalte azul astillado, y su pelo negro, cortado en sedosas capas que rodeaban su rostro. Lo que me sorprendió fue el gran tamaño de su pecho, que sobresalía de su pequeño torso.

Se acercó más a mí.

—Estuve figoneando su perfil en el grupo de Facebook. Tiene como diez Lamborghini. Es de Emiratos Árabes. Dubái, o Abu Dabi, o lo que sea... Abu Dabi, creo. Sí. Porque su padre es el ministro de economía de allí. Me emocioné un poco y seguí la búsqueda en Google, pero no me juzgues mal —susurró, con un cadencioso acento británico.

Nunca me ha impresionado la riqueza. Vengo de una familia sin problemas financieros, nunca nos ha faltado nada,

aunque tampoco es que compráramos artículos de lujo. Por supuesto que aspiro a amasar mi propia fortuna algún día, pero nunca he sentido celos hacia aquellos que han nacido con ella. Siempre parecía haber demasiadas ataduras en esos entornos.

—Deberíamos hacernos amigas tuyas —dijo, mientras una sonrisa maniaca se asomaba a su rostro.

Su atrevimiento era sorprendente. Ya hablaba como si *nosotras* fuéramos amigas. Ni siquiera conocía su nombre. Lo único que compartíamos era el lugar donde nos habíamos sentado, en una larga mesa en un extremo del comedor. Dejó escapar un sonoro suspiro y se hundió en la silla, envolviendo sus sandalias alrededor de las patas de metal. La observé sacar algo de su bolso, goma de mascar, y me la ofreció.

—Entonces, ¿cómo te llamas? —susurró.

—Malin —respondí—. ¿Y tú?

—Gemma —sonrió y apretó mi brazo—. Mi compañera de habitación y yo estamos organizando una fiesta, ya sabes, una especie de bienvenida. Será esta noche, deberías venir.

—Claro —respondí—. Entonces, ¿eres de Inglaterra? —me di una palmadita mental en el hombro por haber continuado semejante charla insustancial.

—Mamá estudió aquí en los años setenta. Ella es americana; papá, paquistaní. Es todo un tema. Siempre están compitiendo por mostrarme su cultura. El caso es que estuvieron de acuerdo en que yo debía recibir una educación estadounidense adecuada para integrarme, sea lo que sea lo que signifique eso. Aunque creo que ya estoy bastante *integrada* —acarició su suave vientre y puso los ojos en blanco—. Pero en realidad no importa. Aquí hay chicos guapos. Con mucha mejor higiene dental —se detuvo, como si estuviera considerando algo—. Bueno, no es que eso sea importante para mí.

Gemma sacó su teléfono de su bolso que vibraba y tiró un paquete de cigarrillos al suelo, junto a sus sandalias.

—Debe ser mi novio —dijo, guiñando un ojo.

Unos minutos más tarde me envió un mensaje de texto con su número y, sin más, ya éramos amigas.



El plato de papel se hundió en mi mano derecha y el jugo de langosta goteó sobre el cuidado césped. Aferré el tenedor y el cuchillo de plástico contra mi estómago. Alguien empujó mi hombro, y la langosta salió despedida al frente, con sus garras extendidas al cielo. Una chica de pelo sedoso gritó: "¡Lo siento!" mientras pasaba junto a mí; su voz era alegre y genuina. La vi desaparecer en la fila de estudiantes en el bufé, sumándose al desfile en busca de comida y bebida.

Me puse a la orilla de un mar de estudiantes sentados en pequeños grupos donde se presentaban y forjaban amistades. A lo lejos, vi una zona de jardín a la sombra de un gran árbol. El suelo estaría frío y no habría nadie que me hiciera preguntas, tratando de averiguar quién soy. Pero recordé el trato que había hecho con papá y me obligué a caminar en medio de las olas. Me quedé mirando la langosta, con sus ojos muertos como canicas negras.

Por mucho que hubiera creído que la universidad sería lo mismo que el instituto, me sentía sorprendida por la falta de agrupaciones cliché. No había deportistas, chicas de hermandades, góticos o cerebritos. A mis pies, todos vestían camisas a cuadros y pantalones de algodón. Mi madre me había sugerido que llevara vaqueros y una blusa sencilla, y me di cuenta de su tendencia a tener razón en

situaciones como éstas. Las chicas iban vestidas con ropa informal, con el cabello recogido en una cola de caballo o trenzado sobre los hombros. Era como si todos hubieran intentado tener el mismo aspecto, escogiendo conscientemente un uniforme, ansiosos por encajar. Me abrí paso a través de los clones, un catálogo de amantes de la naturaleza con buen gusto: cada grupo había sido arrancado de sus páginas y colocado en el campus.

Estudié mis opciones. No parecía haber sitio para mí, y recibí un par de sonrisas misericordiosas mientras avanzaba con dificultad. Nadie estaba dispuesto a arriesgar su lugar para mí, o a causa de mí. Todas nuestras personalidades estaban herméticamente cerradas, con la esperanza de encontrar puntos en común con la persona a la que nos aferraríamos ese primer día. Miré el árbol de nuevo. Tal vez esto podría posponer un poco más. Papá no tendría que enterarse.

—¡Eh! —una voz gritó detrás de mí. No pensé que estuviera dirigida a mí, así que seguí moviéndome.

—¡Eh! ¿Maaaaliiiiinn? —una voz con acento británico.

Miré por encima de mi hombro: Gemma me saludaba con una mano y con la otra daba palmaditas en el suelo, a su lado. Dudé. Esto era: si me sentaba, me quedaría allí. Miré a los que estaban con ella: dos chicos y una chica. Uno de los chicos estaba de espaldas a mí, pero reconocí sus anchos hombros y su pelo rubio. La otra chica era brillante y luminosa, con su grueso cabello enrollado en un moño sobre su cabeza. Elegante, relajada. Sus ojos me miraron, sonrió y me saludó junto con Gemma.

—Parecías tan perdida —dijo Gemma mientras me sentaba con las piernas cruzadas entre ella y la otra chica. Me di cuenta de que tenía un brillante grano de maíz entre sus

dientes. Sonreí a los demás, que me miraban fijamente, era una intrusa en su círculo.

—Ésta es Malin —dijo Gemma.

Me volví y miré al chico rubio, con el que me había encontrado en el carrito de café. Me dedicó una sonrisa de complicidad y extendió su palma de inmediato, cogió la mía y la sacudió con un fuerte apretón de manos.

—John —dijo, y luego asintió al chico que se encontraba a su lado—. Mi primo, Max.

—Hola —contesté, con una amplia sonrisa en el rostro. Max y yo hicimos un breve contacto visual, pero permaneció callado, con la mirada distraída y sombría. Era más pequeño que John, delgado y compacto; la raya en su oscuro cabello había sido dibujada con esmero. Quizá se había peinado después de ducharse. Era atlético, pero no tan voluminoso y firme como John. Aunque estábamos sentados, yo era más alta que él... bueno, yo era más alta que la mayoría de las personas. Los primos tenían unos brillantes ojos azules, el único parecido físico que compartían. Gemma hizo un gesto con la mano hacia la otra chica, que todavía estaba sonriéndome.

—Mi fabulosa nueva amiga Malin, te presento a mi igualmente fabulosa compañera de habitación, Ruby —dijo Gemma, sonriendo en medio de ambas. Ella disfrutaba esto de unirnos a todos, como si tuviéramos que agradecerle el emparejamiento.

La sonrisa de Ruby se hizo más amplia, con los dientes blancos y perfectos, y los labios hinchados. Parecía tan joven que si la hubiera visto en la calle podría haberla confundido con una estudiante de instituto. Mentalmente, recordé que habíamos estado en el instituto hacía apenas

cuatro meses, al borde de la graduación, en el torpe mudar de bebé a adulto.

—Hola —dijo Ruby, con una amplia sonrisa, y sus ojos marrones claros y espontáneos.

Le devolví la sonrisa, sin estar segura de cómo responder a su feliz efecto. De cerca podía ver las pecas dispersas en su nariz y sus mejillas. Su rostro era ideal, una manifestación en la vida real de la proporción áurea. La naturaleza la había hecho perfecta, cada lado de su rostro reflejaba al otro con belleza.

—¿Así que tú debes ser la persona con la que se sentó Gemma a la hora de la orientación? —preguntó Ruby. Su voz era más suave que la de Gemma. Me sentí agradecida de que ella guiara la conversación, así no debía hacerlo yo.

—Sí, estuvimos mirando un rato al príncipe —contesté.

—Oh, Dios mío, *Gemma* —gimió Ruby, y luego se inclinó hacia mí—. ¿Le dijiste que lo dejara en paz? Lo juro, ella es una pequeña acosadora.

—¡Cállate! No lo soy —refutó Gemma. Luego sacó su teléfono y comenzó a enviar mensajes de texto. Sin levantar la vista, continuó—: Pero si nos hacemos amigas tuyas, me lo agradeceréis.

Ruby se inclinó sobre el hombro de Gemma.

—¿A quién sigues enviando mensajes de texto? ¿Acaso es Liam? Déjame ver.

Gemma sonrió y protegió su teléfono de los ojos curiosos de Ruby.

—Sí... me echa de menos. Pobre tipo.

—¿Quién es Liam? —pregunté.

—Su noooovioooo —respondió Ruby.

Gemma sonrió y dejó su teléfono al lado de la cadena con su tarjeta de acceso.

—Le dije que debíamos romper antes de que yo viniera aquí, pero él insistió en que le diéramos una oportunidad a la distancia.

Pensé en algo que decir.

—Entonces, ¿tenéis una fiesta esta noche?

—Sí —respondió Ruby, pinchando un poco de ensalada de patata con su tenedor—. Y tú tienes que venir. Hawthorne College, sin padres, ¿no es así?

El lema *Hawthorne College*, sin padres había adornado el "Acerca de" en la página de Facebook de nuestra promoción durante varios meses ese verano. Imaginaba que se le habría ocurrido a algún sobreexcitado estudiante, mientras se apresuraba en crear la página en cuanto recibió su carta de bienvenida. La idea de una fiesta hizo que me doliera la cabeza, y miré la langosta en mi plato. La pinché con mi tenedor.

Los ojos de John se posaron sobre mí.

—¿Nunca has comido langosta? —preguntó. Todos me miraron, esperando respuesta.

—Hum, no —contesté—. Soy primeriza.

—Es deliciosa —dijo Ruby, mojando un trozo de carne en mantequilla.

—¿De dónde eres? Incluso la reina de Inglaterra, aquí presente, sabía cómo hacerlo —preguntó John, inclinando ligeramente la cabeza hacia Gemma.

Gemma se estremeció, como si ser buena para comer la hiciera sentirse cohibida. Metió el estómago hacia dentro y se enderezó un poco. Para su mala suerte, esto sólo hizo que su generoso pecho sobresaliera aún más.

—Houston —respondí—. Mamá es alérgica a los mariscos, así que no los comemos.

—Ah —dijo John, acercándose a mí. Olía a desodorante y jabón. Miré detrás de él, a Max, que todavía no había hablado conmigo, aunque nos miraba mientras comía.

John se acercó a la langosta que estaba en mi plato, e hice una mueca cuando la antena se tambaleó en sus manos.

—Comienza con la cola —dijo, deslizando el cuerpo entre sus manos con facilidad.

Se escuchó un repentino chasquido cuando sacó la carne blanca de la cola. Cogió la cáscara en su puño y la estrelló de golpe contra el plato, con lo que los fluidos corporales salieron volando y salpicaron a Ruby y Gemma. Una sustancia acuosa cayó en mi muñeca. Gemma chilló de disgusto y golpeó el grueso brazo de John. Él la ignoró mientras usaba su pulgar para desprender la carne. Ruby, más reservada, cogió una servilleta para limpiar en silencio el líquido de su calzado.

—Luego las pinzas —continuó, pinchando la púa plateada en las tenazas curvas.

Sacó unas pinzas metálicas de su bolsillo trasero y apretó la tenaza entre ellas, con lo que mandó más jugo a mi plato ya empapado. Entonces me miró con una sonrisa satisfecha.

—Bienvenida a Maine —dijo él.

Lo miré y luego a los ojos de la langosta, que ahora estaban bocabajo, indefensos en su oscura mirada. Me di cuenta de que John quería que agradeciera su ayuda, así que esbocé una sonrisa.

—Genial, gracias —dije.

Señaló una pasta verde que había comenzado a exudar del cuerpo.

—También puedes comerte eso. Es un manjar.

—No —dijo Ruby—. Eso es la...

—Mierda —interrumpió Gemma—. Mierda, literal. Sólo te está tomando el pelo.

John se sentó en su sitio, donde la hierba había comenzado a recuperarse su forma erguida. Se recostó sobre las palmas de sus manos y sonrió.

—Es la mejor parte. Y no es mierda, es el hígado.

—Qué asco —Gemma lanzó una tenaza a su pecho, que rebotó y cayó al suelo, donde aterrizó al lado de los pantalones color salmón de John. Él le dirigió una sonrisa, y las mejillas de Gemma se sonrojaron. Parecía inapropiado que alguien que tuviera novio estuviera coqueteando con otro chico, pero ¿qué sabía yo de las relaciones románticas? Nunca había tenido novio. Gemma sacó un cigarrillo de su bolso y lo encendió, sin molestarse en apartarse del grupo. El humo llegó a mi nariz, y tuve que resistir la tentación de toser. Esperaba que Ruby no fuera fumadora.

—¿Cómo es que os conocéis? —pregunté, confundida por su aparente cercanía.

—Oh —dijo Gemma, ansiosa por responder—. Nos acabamos de conocer, literalmente. Hoy —miró a John—. Bueno, supongo que él ya conocía a Max, obviamente, dado que son primos, y Ruby estuvo con ellos aquí durante la pretemporada. Los tres juegan al fútbol. Y yo soy la compañera de habitación de Ruby. Suena demasiado complicado cuando lo explico.

—Y estuvimos chateando por Facebook durante el verano —señaló Ruby.

—Es cierto. Así que es como si ya nos conociéramos —dijo Gemma, embutiendo un pedazo de maíz en su boca.

Vi el cadáver de la langosta y mi hambre se disipó. Los demás comenzaron a hablar sobre sus clases de primer año,

y sus voces se tornaron cada vez más lejanas. Cogí un trozo de carne fría y gomosa y lo sumergí en el vaso de plástico con mantequilla. Pensé en los restos de langosta que nos rodeaban, en cómo hacía tan sólo unos días habían estado felices en el fondo del mar, sin saber que sus vidas llegarían a un abrupto final en un elitista jardín universitario. Y nuestro jardín, ni siquiera era la élite de la élite. Éramos el equipo mini-Ivy. Los que no habíamos conseguido entrar en Princeton, Harvard o el MIT, los rechazados de la Ivy League. Me pregunté si en el campus de Harvard tendrían mejores langostas. Vi a Ruby presionar su rodilla contra la de John de la forma familiar en que lo haría una novia. Era un gesto íntimo, un momento que había interrumpido al presenciarlo. Los demás se reían de algo, pero no les presté atención, mientras observaba los ojos de John moviéndose desde la rodilla de Ruby hacia mí. Sabía que estaba intentando conocerme, buscando una manera de agradarme. Tal vez se preguntaba por qué no estaba babeando por él como las otras dos. Aparté la vista antes de que Ruby notara nuestro contacto visual, esperando que la reunión llegara a su fin más pronto que tarde.

Día de los Graduados

Para todos los demás de nuestra promoción, hoy, Día de los Graduados, es un día de tradición. Es un sábado en pleno invierno, y siento Hawthorne somnoliento y acogedor por la mañana. Todavía no entiendo por qué no puede ser en primavera, cuando habrá buen clima y habremos terminado con los exámenes finales. Mi conjetura es que a quien se le haya ocurrido el Día de los Graduados estaba aburrido en medio del invierno y quería una excusa para beber y celebrar un fin de semana.

Al mediodía nos alineamos fuera del comedor, donde nos reunimos para dar inicio al recorrido de las casas, lo que nos llevará a algunas de las viviendas fuera del campus, cada una decorada con su propio tema. El recorrido terminará con un salto en el lago congelado. Las otras promociones nos observan al margen, bebiendo algún alcohol fuerte en botellas de plástico.

Por la noche, asistiremos al Baile de la Última Oportunidad en el viejo gimnasio, llamado la Jaula. El baile es sólo para los estudiantes de último año, pero por lo general un puñado de excitados alumnos de primer año encuentra la manera de colarse. Todo este día, esta tradición, de alguna mane-

ra está autorizada e incluso organizada por la administración. Les hace parecer desenfadados ante los futuros estudiantes, y tienen que mantenernos entretenidos de alguna manera, ya que vivimos en medio de la nada.

No me importa la tradición. Me importa lo que ha estado pasando bajo el techo de la casa que comparto con mis cinco amigos. Las cosas han comenzado a desmoronarse. Deberíamos estar más unidos que nunca, sin brechas en nuestras filas. En cambio, hemos revelado grandes agujeros. Las cosas precisan volver a ser como antes, cuando estábamos siempre juntos, y era fácil. Hemos estado unidos durante tres años, no voy a dejar que todo se desmorone en los últimos meses. Necesito a este grupo, dependo de ellos. Y en este momento, lo único que importa es encontrar una solución a mi problema.

A primera hora de la mañana me senté en el suelo y apoyé mi espalda en la cama de Ruby mientras nos preparábamos para el Día de los Graduados, nuestro gran día. Su habitación está en un extremo de la casa y comparte una delgada pared con la mía. Gemma está en el otro extremo, con vistas al campus. Khaled, “el príncipe”, como solíamos referirnos a él, es el propietario de la casa. Gemma es quien hizo que formara parte de nuestro grupo de amigos desde el primer año. Le gusta pensar que vivimos en esta casa gracias a ella, y nos lo recuerda no tan sutilmente.

Khaled vive en la habitación más grande de la planta baja, y John y Max en dos habitaciones más pequeñas en el lado opuesto de la cocina. Los chicos rara vez suben, por respeto a nuestro “espacio de chicas”. A excepción de John. En los últimos tiempos, he escuchado su voz demasiado, apenas amortiguada por la pared. Todos los de nuestra promoción comentan siempre lo afortunados que somos: tener una casa

reformada, vivir juntos. La llamamos el Palacio. Es nuestra, y sólo nuestra. La mayoría vive en las pequeñas residencias para estudiantes del último año, o alquila alguna casa vieja en las afueras del campus. Somos afortunados, soy consciente de ello, pero no me siento así.

Esta mañana, Gemma y Ruby pusieron más empeño en su vestimenta, que consistía en la licra más ajustada y colorida que pudieron encontrar. Yo me había puesto mis pantalones cortos para correr y la sudadera de Hawthorne, temiendo de antemano el frío contra mis piernas desnudas.

Observé a Gemma arreglar sus uñas con prisa, dejando manchas alrededor de sus cutículas descarnadas y escamosas. Su pelo estaba teñido de azul, por aquello del “espíritu de la universidad”, explicó. Ni Ruby ni yo pronunciamos palabra, pero mantuvimos contacto visual, mientras el mismo pensamiento pasaba por nuestras mentes: otro grito de atención.

El toque final de Ruby fue un tutú, un tutú negro y elegante que había sido parte de nuestro grupo desde el baile de los ochenta, en primer año. Ruby lo había sacado de un contenedor en una tienda de segunda mano, y desde entonces había encontrado la manera de incorporarlo en otras tradiciones de Hawthorne. Me estremecí, pensando en todas las sudorosas pistas de baile que había visto este tutú, y en las travesías nocturnas al Grill. Incluso en alguna ocasión había quedado cubierto por el vómito de Gemma. Ese tutú había seguido a Ruby de evento en evento a través de nuestro paso por Hawthorne, un tótem que representaba su naturaleza, alguna vez juguetona.

Si alguien nos hubiera observado a través de la helada ventana del segundo piso esta mañana, habría pensado en lo pintorescas que nos veíamos las tres. Las mejores de las ami-

gas preparándose para el pináculo de su carrera universitaria: el Día de los Graduados. Y, en pocos meses, la graduación. Emocionadas por estar un paso más cerca de convertirnos en adultas. Enfocadas en exprimir las últimas gotas de amistad, saboreando cada precioso momento. Si alguien nos hubiera observado entonces estaría celoso de nosotras, de nuestra juventud y cercanía, de nuestra felicidad.

Estaría celoso de una mentira.



Gemma permanece en el borde de la fogata, con un cigarrillo en una mano y un chocolate caliente en la otra, y habla con algunos de sus amigos de teatro. Lleva sus pantalones de deporte de Hawthorne y sus abultadas botas de invierno; tiene una toalla envuelta alrededor del torso. Busco a Ruby, pero se ha ido con John y otros en busca de más chocolate caliente para mezclar con whisky. Ésta es mi oportunidad.

—¡Eh! —digo, deslizándome a un lado de Gemma. El calor del fuego muerde mi nariz y mis mejillas. Ella me mira y sonrío mientras arroja su cigarrillo a la fogata. Sabe que aborrezco el humo.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunto, asegurándome de sonar preocupada, convirtiendo el momento en algo importante, personal.

—Claro —dice ella con voz tranquila, despreocupada.

—He querido mencionártelo desde hace un tiempo... —arrastro mis palabras, intento cambiar mi cuerpo a una postura insegura, preocupada, algo con lo que ella podría identificarse. Gemma parece confundida, con sus ojos negros entrecerrados.

—¿Va todo bien?

—Supongo —hago una pausa para acentuar el efecto, pateo un trozo de tierra congelada—. Estoy preocupada por Ruby.

Gemma adora el drama; es estudiante de teatro, después de todo. Una defensora de lo dramático, dentro y fuera del escenario.

—Ha estado actuando de una forma tan extraña —comienzo a decir, elijo mis palabras con cuidado—. No me gusta murmurar, pero ha estado un poco de mala leche últimamente, ¿sabes a qué me refiero?

Un destello de comprensión brilla en sus ojos. Sé que entiende de lo que estoy hablando. Ruby la regañó la semana pasada cuando nos dirigíamos a Butternut para esquiar. Terminamos conduciendo veinte minutos en dirección equivocada cuando el GPS no tenía señal. Gemma estuvo diciéndonos que nos habíamos pasado una indicación, pero Ruby se negaba a regresar. Yo guardé silencio, plenamente consciente del error. Gemma tenía razón. Cuando el navegador comenzó a navegar de nuevo y nos ordenó dar la vuelta, Gemma se ofreció para ayudar a Ruby a conducir. La voz de Ruby se volvió desagradable y fría: “Dios, lo siento. Si conoces tan bien el camino, puedes llevarnos directo a casa.” Pero no parecía arrepentida. Después de eso, encendimos la radio y finalmente encontramos el camino a la montaña.

Ahora me concentro en Gemma, esperando poder remarcar los puntos correctos.

—Tengo la sensación de que John va a romper con ella. Ella ha actuado tan distante y coqueta recientemente. Con otros chicos. Y él se está dando cuenta. Me siento mal por él. Los ojos de Gemma se ensanchan casi imperceptiblemente.

—El caso es que —digo—, si se separan, ella se sentirá fatal hasta la graduación, todos los que integramos nuestro

grupo tomaremos partido, y será muy incómodo. Me refiero a nosotros seis. Vivimos juntos, estamos demasiado cerca los unos de los otros.

—Sí, sí —dice Gemma. Mira sus manos y comienza a examinar sus uñas mordidas, con la toalla envuelta con firmeza en sus puños.

El viento cambia, las cenizas se arremolinan a nuestro alrededor y se estrellan en nuestras toallas.

—No lo sé —continúo—. No creo que él la engañe o algo así, pero si sucediera, tal vez sería hoy. Quiero decir, él no puede soportar algo así, ¿sabes? Puedo imaginarlo, totalmente borracho, haciendo algo estúpido. ¿Qué opinas? Tú y John todavía os lleváis muy bien, ¿no es cierto? Estaba pensando que tal vez podrías decirle algo, asegurarte de que esté bien, ver si necesita hablar con alguien. Y yo hablaré con Ruby sobre lo que sea que le suceda.

—¿Yo? —dice Gemma con voz inquieta. Pero puedo sentir la emoción. Está ahí, debajo de su preocupación por Ruby—. ¿Crees que soy la persona indicada para hablar con él?

—Sí, quiero decir, él siempre dice que eres su mejor amiga —digo yo. Una pequeña mentira—. Pensé que era obvio.

Las mejillas de Gemma se ruborizan. Las comisuras de su boca se contraen. Se siente especial. Es especial, al menos para esta tarea.

—De acuerdo —dice—, hablaré con él. No hay problema, cariño. Yo me encargo.

Los otros se acercan por un costado de la fogata y se dirigen hacia nosotras. Miro a Ruby con cuidado. Hace todo lo posible por parecer feliz, pero la conozco bien. El tutú cuelga flácido de su mano, goteando agua del lago. Ella y Max llevan tazas humeantes de chocolate caliente, mientras que John

y Khaled comparten un porro entre ellos, sin dejar de estar atentos a los profesores.

—Guarda el secreto —le susurro a Gemma.

Asiente con tranquilidad. Tan seria y sincera, agradecida de que haya compartido algo con ella. Sé que se siente más cerca de mí que nunca. Es gracioso que haya terminado siendo una pieza tan esencial. Después de todos estos años en los que nunca la necesité para nada. Siempre está tan dispuesta a complacer, desesperada por ser querida. Y sé la verdad sobre Liam, por eso estoy segura de que hará lo que sea necesario para acercarse a John. Sé que debería sentirme mal por ella. Y si las cosas fueran diferentes, así sería. Pero recuerdo por qué estoy haciendo esto, y ese pensamiento se evapora.

—Eh, chicos —dice Khaled con su amplia sonrisa, siempre presente. Sostiene una muñeca inflable; en su rostro congelado se ve esa expresión perenne y sorprendida—. Denise lo ha hecho muy bien.

—Creo que Denise necesita un descanso —dice Gemma—. Le has dado mucha caña hoy.

Ríen juntos. Organizamos una fiesta de Halloween en nuestra casa en tercer año, y alguien dejó allí la muñeca. Nadie sabía de dónde salió, pero Khaled decidió que teníamos que quedárnosla. La llamó Denise, y ha pasado sus días apoyada en la ventana de la sala, viéndonos ir y venir. La foto de perfil de Facebook de Khaled era él con su brazo alrededor de los hombros plásticos de Denise, ambos mirando a la cámara con la misma mirada estupefacta.

Gemma coge el porro de su mano, y comienzan a conversar. Ella me mira y sus ojos están llenos de comprensión: sabe que debe guardar este secreto para mí.

Siento que John roza mi brazo, llenando el hueco en nuestro círculo. Él me mira y mantenemos contacto visual. Nos hemos estado evitando durante semanas. Él necesita actuar en consecuencia hoy o mi plan no funcionará.

Mi teléfono vibra en la palma de mi mano. Le doy la vuelta y me quedo mirando la pantalla. Un nuevo mensaje de H. Despliego el texto

Necesitamos hablar. Deja de fingir que estás bien. Déjame ayudarte.

Apago la pantalla del teléfono y lo aprieto con fuerza contra mi pecho.

Tuve que mentirle a Gemma. El problema, esa cosa densa y pesada que llevo sobre mis hombros, es algo mucho peor. No se trata de la condición social de Ruby o de nuestro futuro como grupo. Es un problema mucho más serio, pero no se puede confiar en alguien como Gemma para algo así.

Primer año

La humedad se aferraba a mi camisa mientras caminaba por el campus. Prefería el frío, el viento cortante era un reconfortante alivio. En Texas todavía hacía calor durante esta época del año, no como en Maine. Maine. Mi nuevo hogar. Llevaba vaqueros negros y un top de seda sostenido por unos finos y delicados tirantes. Los vaqueros eran ajustados y mis hombros quedaban expuestos a la luz azulada del atardecer.

Gemma y Ruby vivían en una de las residencias estudiantiles más grandes del campus. La hiedra se abrazaba a sus paredes de ladrillo y la música se escuchaba desde las ventanas abiertas. Afuera, las canciones competían por conseguir la mayor atención. Era desagradable de una manera cómoda. En realidad, esto era la universidad: ir a una fiesta por la noche entre semana, reunirse con los amigos... *Gemma, Ruby, John, Max*. Repetí sus nombres, los dejé rodar sobre mi lengua. No podía creer que los hubiera conocido tan pronto. Necesitaba ser una buena amiga para ellos, para que me tuvieran cerca. Me acordé de que debía ser divertida, relajada; que debía interesarme en sus vidas, ser una buena confidente. Ser genial, no aburrida, y entender cómo funcionaban cada uno de ellos, de manera que pudiera ayudarlos si lo

necesitaban. Puse una marca mental en la casilla correspondiente a *amigos*.

Unos chicos estaban sentados en los escalones de la entrada principal y me miraron de reojo cuando pasé a su lado. El humo flotaba en el aire y un olor asqueroso llenó mis fosas nasales y mis pulmones. En el primer peldaño hice contacto visual con uno de ellos: el príncipe. Me dedicó una amplia sonrisa y saltó para abrir la puerta.

—Gracias —dije, mientras entraba en el pasillo fresco.

El príncipe sonrió. Era guapo, tenía un rostro suave y ojos amables. Era servicial. Tal vez trataba así de compensar el hecho de *ser un príncipe*. Al acercarme me di cuenta de queapestaba a colonia.

—¿Vas a la habitación de Gemma? —preguntó, poniendo su pie delante de la puerta para evitar que se cerrara.

Gemma ya debía haber encontrado la manera de conocerlo; tal vez ella llegaría incluso a pasear en uno de sus Lamborghini.

—Sí —contesté.

Nos quedamos ahí, evaluándonos el uno al otro un momento hasta que uno de los otros chicos levantó un brazo con algo entre los dedos. El príncipe miró al otro chico y luego a mí de nuevo.

—¿Quieres un poco? —preguntó, con una mirada pícara en los ojos, desafiándome a unirme a ellos. Sabía muy bien que no debía ser la única chica en un grupo de chicos. Sabía el estigma asociado a ese tipo de chicas, y eso no era lo que yo estaba buscando.

—No, gracias —dije.

—Como quieras. Nos vemos arriba —respondió el príncipe, y saltó de nuevo a la parte superior de la escalera.

La puerta se cerró de golpe a mis espaldas. Comencé a subir los peldaños de azulejos; mis pasos hacían eco en el antiguo edificio.

—¡Oh, Dios mío, hola! —chilló Gemma cuando aparecí en la entrada de su habitación. Su aliento era afrutado y alcohólico. El líquido en su vaso rojo desechable se salió del borde y se derramó en el suelo. No pareció importarle.

La puerta estaba atrancada para permanecer abierta al largo pasillo, el aire caliente y espeso que emanaba de la ropa manchada de sudor. La música estaba tan alta que casi no pude escuchar el saludo de Gemma. El bajo de la canción vibraba a través del suelo y en mis piernas, lo suficientemente fuerte para alcanzar la totalidad de la sala, que estaba repleta de estudiantes de primer año. Había llegado tarde a propósito, ansiosa por evitar las conversaciones superficiales antes de que la fiesta empezara. Me sentí aliviada de que la mayoría de los estudiantes ya estuvieran bastante pasaditos; una pareja incluso se estaba besando en el otro extremo, y él tenía la mano bajo la blusa de ella.

Le entregué a Gemma un pack de cerveza.

—Traigo un regalo.

—¿Cómo has conseguido esto? —preguntó—. Nosotras tuvimos que pagarle a un estudiante de último año para que nos comprara una botella hoy. Absolutamente absurdo. Creo que su comisión nos ha costado más que el vodka.

—Papá, antes de que se fuera —dije. Se mostró sorprendida y se lo expliqué—: Él prefiere que lo consiga legalmente.

—¡Qué genial tu padre! —dijo Gemma, empujándome a través de la estrecha multitud—. Con suerte, pronto me darán una identificación falsa. Todo esto es una mierda... en Londres puedo comprar alcohol sin ningún problema, pero aquí

no. *La tierra de la libertad*, y una mierda —gritó por encima de su hombro. Cuando llegamos a la esquina de la habitación, cogió las cervezas y las metió en un mini frigorífico, cuyo contenido era enteramente alcohol y bebidas energéticas.

La habitación de Gemma y Ruby era pequeña, y el único alivio se encontraba en su techo alto. Había carteles colgados en las paredes, y cajas y maletas sin deshacer arrinconadas. Los estudiantes se habían sentado sobre ellas, piel contra piel, con latas de cerveza y vasos de vodka y ginebra en sus manos sudadas. Nos abrimos paso hacia el muro del fondo, donde una gran ventana presumía de su vista al jardín. Las antiguas farolas iluminaban los senderos, y los estudiantes caminaban en grupos por los adoquines de un lado a otro.

Ruby estaba posada en el alféizar de la ventana, riendo con John. La brillante cabeza rubia del chico se inclinó hacia la de ella, el yin y el yang, tan cerca que se podían tocar. Él le susurró algo al oído antes de alejarse; era sin duda la persona más alta en el lugar mientras caminaba entre la multitud. Todos lo miraron al pasar, las chicas ansiosas por estar cerca de su encanto, los chicos ajustando sus posturas.

Miré a Gemma, cuya sonrisa se había desvanecido ante la escena de la ventana.

—Así que ése es John, ¿no es cierto? —pregunté—. Todavía intento recordar los nombres.

Gemma asintió mientras me lanzaba una mirada, como si acabara de recordar que estaba a su lado.

—Y su primo es Max, el más bajo y de pelo más oscuro. Supermono, pero demasiado bajo para mí —respondió ella, su voz se fue apagando mientras miraba alrededor de la habitación y afuera, en el pasillo. No podía saber si estaba bromeando. Ella no medía más de metro y medio de altura.

—Bueno —continuó—, todavía no está por aquí. Es raro, él y John no parecen estar tan unidos, pero Ruby dice que siempre están juntos. John es como un cachorro de golden retriever emocionado, y Max es... Bueno, Max es Max. Nada, absolutamente nada me viene a la mente para describirlo. Es un poco aburrido, supongo. No puedo explicarlo. Ya lo verás.

—Me dio esa impresión durante el almuerzo de langosta —dije, recordando que Max ni siquiera había hablado con nosotras.

—¡Malin! —gritó Ruby, saludando con la mano desde el otro lado de la habitación. Cuando nos acercamos, me miró de arriba abajo y luego me dio un abrazo. Estaba empezando a darme cuenta de que los abrazos en la universidad eran algo a lo que tendría que acostumbrarme.

—Me encanta tu atuendo, es tan *chic* —Ruby tocó la seda entre sus dedos, su voz era amable. Estaba acostumbrada a los cumplidos de doble filo de las chicas. Mi instituto estaba lleno de eso, todas se felicitaban unas a otras y luego ponían los ojos en blanco al volver la espalda. Pero Ruby era diferente. Lo decía con honestidad.

Rio después de un segundo.

—Lo siento, ¿es raro que te esté tocando?

Negué con la cabeza, con una sonrisa vacilante.

—Me encantaría poder ponerme algo así, tal vez si perdiera algo de peso —dijo Gemma, riendo nerviosamente entre palabra y palabra.

No me atreví a disipar las inseguridades de Gemma, así que miré por la ventana. Esperaba que pareciera que no había escuchado su comentario, como si éste hubiera salido flotando por la ventana y desaparecido por los senderos bien iluminados.

Ruby fue quien rompió el silencio.

—Oh, Gems, eres preciosa, y lo sabes.

—Gracias, cariño —dijo Gemma. Sonrió y tiró de su blusa para revelar más su escote.

El repertorio entre ellas era ya tan familiar que parecían haber sido amigas durante años. Cuando papá me dio el cuestionario de alojamiento, al inicio del verano, solicité una habitación individual, pensando que de esa manera podría estudiar mejor. Nunca imaginé que una amistad podría surgir de eso, o al menos no como la que tenía en ese momento frente a mí. De lo único que había estado segura era que no quería quedar atrapada con alguien que no me gustara. Y dicho pensamiento era tan firme que superó la expectativa de una amiga instantánea.

—Entonces, ¿cómo llegaste de Texas a Maine? —me preguntó Ruby. Abrió una cerveza con sus uñas rosadas y me entregó la lata sudada.

No estaba segura de por qué Ruby quería hablar conmigo. En el instituto había conseguido ser una persona solitaria. Sabía que era lo suficientemente atractiva, definitivamente más inteligente que cualquier otra, y aunque los chicos dejaron de intentar salir conmigo a mediados del segundo año, podría haber sido parte del grupo más popular. Pero no quise intentarlo. Forzar una conversación me resultaba extenuante, y no tenía nada en común con el resto de los estudiantes. Me gustaba estar sola, disfrutaba de la lectura. Sabía que eso mantenía a mis padres en vela por las noches. “Ella necesita tener amigos”, los imaginaba susurrando entre sí en la oscuridad. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había hablado con gente de mi edad, que había supuesto que todos preferirían actuar como si yo no existiera. Pero ahora,

justo frente a mí, había dos chicas reales dispuestas a ser mis amigas.

Antes de que pudiera responder, Gemma interrumpió:

—Sí, eh, ni siquiera yo lo sé todavía. Ya sabes, pareces *tan* Nueva York. Como esas tonalidades en blanco y negro, me encanta, y tu pelo es tan lacio y rubio, de ese color platino que siempre he querido tener. Pero ¿Texas? Ni siquiera tienes acento, ni siquiera hablas como texana, ¿puedes hablar como texana? —su acento era rápido y cantarín, apenas podía seguirle el ritmo. Le gustaba ser el centro de atención, la líder de la manada.

Sonreí.

—Me encanta Nueva York —dije, decidiendo qué pregunta responder primero. Ambas miradas estaban fijas en mí—. Solíamos visitar Nueva Inglaterra a menudo, cuando era más joven. Mis padres son originarios de Massachusetts, así que aquí estoy... un pequeño cambio de escenario. Pasando el rato con vosotras —dije la última frase con acento texano.

Ambas rieron. No mencioné la verdad porque no tenía sentido. No era algo que pudiera explicarse con una cerveza justo después de conocer a alguien. Pasé la siguiente hora con esas chicas. Hablamos de nuestras especialidades: Ruby estaba en Historia del Arte y Gemma en Teatro. Me preguntaron si ya había decidido (ya lo había hecho): Inglés, para después estudiar Derecho. Charlamos sobre lo acogedor que era el campus en otoño, y luego Ruby me preguntó si quería ir con ellas a un manzanal ese fin de semana. Sentí una ligera vacilación de Gemma, pero ignoré su pequeño puchero.

—Me encantaría —dije.

Las cosas se tornaron imprecisas cuando terminé la tercera cerveza. Recuerdo que analicé a Gemma y a Ruby, pregun-

tándome si serían buenas amigas. Estaba sorprendida por lo simple que me había resultado caerles bien. Me centré en ser *normal* y amable. Podía ser agradable todo el tiempo: elogiarlas, reír en los momentos correctos, decir lo que se tenía que decir. No quería ser demasiado extrema en ningún aspecto, pero tampoco aburrida, así que hice mi mayor esfuerzo por seguir el plan.

Gemma se salía demasiado de los esquemas, su drama resultaba agotador, pero Ruby era perfecta. Ella hacía fluir las conversaciones y se mostraba interesada en cada pequeña cosa que tuvieras que decir. Me gustaba, y yo le gustaría a ella. Sabía que tendría que ser más sociable, más extrovertida, más parecida a ella, si quería que la amistad perdurara.

No fui la única en percatarme de su efervescencia. Todos la adoraron desde el principio. Se deslizaba por la habitación dando la bienvenida y presentándose a los nuevos rostros. Llevaba bebidas a la gente y se aseguraba de que todo el mundo estuviera contento, era la anfitriona perfecta.

Estaba claro que todos querían estar cerca de Ruby, atraídos por la diversión y la luz que se filtraba por su tersa piel. Cuando los chicos no le lanzaban miradas interesadas, las chicas la evaluaban, determinando qué sería más conveniente: ser amigas o rivales. Al final, todos llegaban a la misma conclusión: ser su amigo era la jugada más inteligente.



Más tarde esa noche, Ruby y yo nos acurrucamos sobre una caja sin abrir, bebiendo vodka de una botella de plástico entre risitas. Nuestros traseros se hundieron en el cartón, y nuestros hombros se unieron cuando nos apoyamos contra la pared. Nunca había estado realmente borracha, pero tenía la

sensación de que en ese momento lo estaba. El sudor cubría nuestra piel, y anhelaba el omnipresente aire acondicionado al que estaba acostumbrada en casa.

La habitación se había vaciado un poco; sólo quedaba un puñado de estudiantes en pie. Por el rabillo del ojo, podía ver a Gemma hablando con otras chicas, lanzándonos miradas de vez en cuando. Estaba molesta: me había invitado a su fiesta y allí estaba yo, como uña y carne con su compañera de habitación durante toda la noche. La gente ya se estaba refiriendo a nosotras como “inseparables”, y nos preguntaban si nos conocíamos de “antes”. Así era Ruby al principio. Un libro abierto. Una vez que la conocías, la conocías *de verdad*. No me importaba pasar tiempo con ella, ser su mejor amiga.

—¡Eh! —dijo una voz al otro lado. Vi a Ruby mirar a mi espalda y sonreír.

—¡Eh! —respondió ella, su voz era más dulce de lo que había sido un segundo antes.

Me volví para encontrar a John de pie ante nosotras, con una pelota de ping-pong en la mano.

—¿Os apuntáis? —preguntó, mostrando la pelota.

—Vas a perder —respondió ella. Tiró de mí para levantarme mientras se ponía en pie.

Seguimos a John al pasillo. Max estaba apoyado contra la pared con una botella de cerveza, y el príncipe estaba en el extremo opuesto de una mesa plegable. Dos triángulos de vasos rojos descansaban en los extremos de la mesa, y cada vaso estaba lleno con cerveza hasta la mitad. El suelo se encontraba cubierto de una sustancia pegajosa y el aire olía a levadura.

El príncipe se inclinó sobre la mesa hacia nosotras.

—Soy Khaled, por cierto —dijo, extendiendo la mano—. Creo que nos conocimos hace un rato.

—Malin —contesté, estrechando su mano, cálida y resbaladiza por el sudor.

—¿El príncipe? —preguntó Ruby, haciendo que todos miráramos fijamente a Khaled; el alcohol enmascaraba cualquier forma de cortesía que pudiéramos haber guardado antes.

Las mejillas de Ruby enrojecieron.

—Lo siento, no he querido ...

Khaled suspiró.

—No te preocupes. Papá es el importante, da igual. Ruby sonrió agradecida.

—¿Qué te trae a Hawthorne?

—Bueno —intentó explicar él—, quiero ser cirujano. Estoy en el curso preparatorio para la escuela de medicina —se detuvo y miró a Max—. Igual que Max, aquí presente. Mis padres habrían preferido que me quedara en Abu Dabi y que consiguiera un trabajo para el gobierno, pero me dijeron que podía venir aquí, a Estados Unidos; a Maine, Minnesota o Alaska. Sólo los estados más fríos. Estoy bastante seguro de que piensan que me rendiré después de un semestre y regresaré a casa en cuanto empiece a nevar. Soy un hombre de clima cálido.

—Eso es genial —dijo Ruby—. Nunca he salido del país. Espero que no te moleste que te lo pregunte, pero tienes un aspecto tan...

—¿Del Medio Oriente? —preguntó Khaled.

—Sí —dijo Ruby.

—Asistí un tiempo a la ASL, donde cursé secundaria. Papá fue asignado allí unos años, de manera que crecí ahí también —explicó.

Ruby levantó su vaso y la cerveza se movió de lado a lado.

—Bueno, por la esperanza de que te quedes con nosotros y no tengas que regresar pronto a casa.

Khaled sonrió y levantó su vaso hacia el de ella.

—Salud.

John pasó junto a mí y me entregó la pelota.

—Las damas primero —dijo.

Miré la pelota de ping-pong sin estar muy segura de qué se suponía que debía hacer con ella. Levanté la mirada hacia Ruby, en busca de ayuda.

—Es cerveza-pong —susurró. Debo haber parecido aún más confundida, porque agregó en voz baja—: Debes lanzarla a uno de sus vasos, si cae dentro, ellos beben, y viceversa.

Resulté bastante buena en eso de lanzar pelotas a los vasos. A los cinco minutos, Ruby y yo estábamos ganando, y John y Khaled habían bebido alrededor de cinco vasos cada uno. Eructaban profusamente y sus movimientos eran cada vez más descuidados. John no dejaba de pasar su mano mojada por su cabello, que ya estaba erizado, y sus mechones rubios retozaban en diferentes direcciones.

—Nos estáis machacando —dijo Khaled, sacudiendo la cabeza con una sonrisa. No parecía importarle que estuvieran perdiendo.

Khaled se comportaba de manera despreocupada, lanzando sonrisas y chocando puños con quienes pasaban cerca de la mesa. Su felicidad era embriagadora. Me pregunté cuáles serían sus demonios, si es que tenía alguno. Sentía curiosidad por personas como él, que no cargaban nada sobre sus hombros.

Ruby y yo nos miramos y sonreímos, disfrutando de nuestra victoria, cuando sentí que alguien me abrazaba por detrás.

—Ahí estás —una voz pastosa: Gemma.

—Eh, niña —le dijo Ruby—. ¿Quieres jugar?

—Dios, no, estoy demasiado borracha —Gemma se movió entre nosotras y envolvió sus brazos alrededor de nuestras cinturas. John miró a Max, que nos estaba observando. Todavía no había hablado con nosotras, y su silencio resultaba intrigante e irritante a partes iguales. No estaba segura de si era tímido o si se pensaba superior a nosotras. John y Max comenzaron a hablar sobre algo, fútbol, supuse. John lanzó un vago insulto a un jugador, y Max murmuró en acuerdo, apoyado contra la pared.

—¿Alguien quiere hablar de críquet? ¿Algún interesado? —preguntó Khaled.

—¿De qué están hablando? —pregunté a Ruby. Ella comenzó a arreglar los vasos rojos de nuevo, vertiendo tres centímetros de cerveza en cada uno de ellos.

—Fútbol americano. Los Giants jugarán contra los 49ers mañana.

—¿Eres aficionada? —preguntó John.

Khaled fue el primero en lanzar y hundió la pelota en uno de los vasos de Ruby.

—De los Patriots hasta la muerte —respondió Ruby, cogiendo el vaso.

—Oh —dijo John—, ya no sé si podremos ser amigos.

Ruby se llevó la cerveza a los labios, ocultando una suave sonrisa.

—Déjame adivinar. Eres de un barrio pijo de Connecticut, llevas ropa J. Crew y Patagonia, y te estás especializando en Economía. ¿Eres de los Giants?

John le dedicó una sonrisa torcida.

—Has olvidado la casa en el viñedo.

Ruby tiró la pelota y la hundió en su vaso. Puso una mano en su cadera.

—Por supuesto. Ahora bebe.

—¿Críquet? ¿Hay alguien que le interese? Podría hablar de estadísticas todo el día —dijo Khaled.

—¡Oh, críquet! Mi padre ve... —comenzó a decir Gemma antes de que John la interrumpiera, como si ni siquiera hubiera notado que ella estaba hablando. Gemma desvió la mirada, obligada a tragarse su abatimiento.

—Eh, amigo, ahora estás en América, corta ya el rollo ese del críquet —dijo John, con tono ligero, burlándose.

Khaled se encogió de hombros.

—Como digas, colega, pero es el mejor deporte.

Gemma observó a John y Ruby interactuando con sus bromas de ida y vuelta. Parecía ansiosa por añadir algo sobre fútbol americano, atormentando su cerebro para que formulara algún comentario. Esperé que no lo hiciera.

—¿Así que tú debes ser una fanática de Brady? —le preguntó John a Ruby.

—¿Es ese tipo *sexy*? —preguntó Gemma. Apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Sí. Y lo es incluso más en persona, y un buen tipo, además —dijo Ruby—. Fue a Dartmouth el año pasado para saludar al equipo de fútbol americano. ¿Y adivina quién se escabulló para estrechar su mano?

Tanto John como Max miraron a Ruby, impresionados con la chica que podía hablar de deportes.

Fútbol americano. No lo entendía. Pero seguí sonriendo, era importante que pareciera que me importaba, al menos un poco. Tomé un largo sorbo de la cerveza tibia. El alcohol hizo que sintiera un hormiguelo en mi garganta.

—Es un *pitcher*, ¿verdad? —dijo Gemma. Tenía la cabeza apoyada contra mi pecho derecho, y sus ojos revoloteaban entreabiertos y cerrados. Estaba bastante borracha.

—*Quarterback* —le respondió Ruby rápidamente.

Luego miró a Gemma y me lanzó una mirada de preocupación, como si tuviéramos que recostarla. Intentamos llevarla hasta su cama, con sus pies arrastrando, y la colocamos de lado.

—En caso de que vomite —dijo Ruby.

Cogió un cubo de basura y lo puso en el suelo, junto a la cabeza de Gemma.

—¿Así que estuviste en Dartmouth antes de venir aquí? —pregunté, confundida por su comentario anterior.

Ruby le quitó las sandalias a Gemma y las arrojó al armario.

—Oh, no —dijo—. Papá trabaja allí. Crecí en el campus. Coloqué la almohada bajo el cuello de Gemma.

—¿A qué se dedica? —pregunté.

Habíamos empezado a hablar en voz baja, esperando a que Gemma se durmiera, pero creo que ella habría perdido el conocimiento, aunque hubiera estado en medio de una función de circo. Comenzó a roncar mientras recogíamos latas de cerveza vacías del suelo y las apilábamos en nuestros brazos.

El rostro de Ruby se tensó. No quería hacerla sentir incómoda, así que cambié de tema:

—Le eché un vistazo a Dartmouth. Es un lugar bonito. Nuestro guía no llevaba zapatos.

Se relajó un poco, aliviada.

—Sí —dijo—, son un montón de *hippies*. *Hippies* realmente inteligentes.

Recuperó la compostura, en paz nuevamente. Pensé en mi hogar y en cómo a mí tampoco me gustaba pensar en él. Lo entendía, así que no pregunté más. Ya estaba temiendo las vacaciones escolares, buscando pretextos para quedarme en Maine.

Ruby se volvió hacia Gemma, con la cabeza inclinada a un lado.

—Supongo que las compañeras de habitación son algo así como la familia. No puedes elegir las, y siempre están ahí —dijo—. Y las quieres a pesar de sus defectos.

Nos quedamos en silencio un momento.

—¿Eres hija única? —pregunté.

Rio.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Por mi visión idealizada de los hermanos?

Le dediqué una breve sonrisa.

—¿Tú tienes hermanos o hermanas? —preguntó.

—Sí, algo así —dije. No me habían hecho esa pregunta desde hacía mucho tiempo. Todos en casa sabían lo que había sucedido, así que no había necesidad de preguntar. Se convirtió en un tema a evitar: era demasiado incómodo hablar de eso—. Tenía un hermano mayor, pero murió.

—Oh —dijo Ruby, colocando una mano en mi brazo, con sus ojos brillantes, abiertos y sinceros—, lo siento.

—Está bien. Fue hace mucho tiempo.

—¿Tienes una relación cercana con tus padres? —preguntó.

Consideré mi respuesta.

—Más con papá —contesté.

—¿Con tu madre no?

—En realidad no. Ella se aisló después de que mi hermano muriera.

—Eso debe haber sido difícil —dijo Ruby en voz baja—. Mamá se marchó cuando yo era pequeña. Me crio papá.

La miré mientras remetía las sábanas alrededor de los brazos y las piernas de Gemma, asegurándose de que no pasara frío. Nos quedamos juntas un tiempo, mirando a Gemma

inhalar y exhalar, y luego apagamos las luces y cerramos la puerta detrás de nosotras.



El tiempo se distorsionó mientras seguimos bebiendo. Observé cómo Ruby y John caminaban hacia las escaleras, al final del callado pasillo, con la mano de él presionada contra la parte baja de la espalda de ella. Reían y susurraban, pero estaban demasiado lejos para escuchar lo que decían. John había preguntado si Ruby quería salir a dar un paseo. Sus ojos se habían iluminado y ella había aceptado, dejando que su cuerpo se alineara a su lado.

Khaled se acercó. La fragancia de su colonia era apenas un poco menos intensa que al inicio de la noche. Ahora se había mezclado con humo de hierba y alcohol. Puso un brazo flojo alrededor de mis hombros y se colocó a mi lado para que ambos miráramos al pasillo. Por lo general, me habría acogido por su cercanía, pero lo supuse inofensivo. Inocente. Ingenuo. Y suelo tener razón sobre la gente.

—Bonita pareja —dijo—. ¿Crees que tendrán una cita romántica de verdad, o sólo sexo?

—Hum —rumié. No estaba segura de qué responder—. No lo sé.

El sexo era algo a lo que me tendría que enfrentar en algún momento. Sabía que era un “tema” en la universidad, algo que las personas hacían y sobre lo cual hablaban. Pero no estaba del todo lista para unirme al club de los sexualmente activos, todavía no. El pasillo estaba vacío, y crucé mis brazos, sintiendo una brisa helada que rozaba mi piel. Khaled suspiró felizmente, disfrutando de nuestro momento de tranquilidad.

—Entonces —dijo, volviéndose hacia mí—, ¿quieres que nos enrollemos?

Lo miré: sus ojos enrojecidos por fumar hierba, su sonrisa desaliñada y juguetona. Su aliento caliente, mezclado con ginebra. Contuve una carcajada.

—Paso, gracias.

Khaled sonrió.

—Sí, asumí que dirías eso. Pero valía la pena intentarlo.

—¿Amigos? —pregunté.

—Claro, claro —respondió—. ¿Quieres que te acompañe a casa para que estés más segura?

Negué con la cabeza. Podía cuidarme sola. Khaled me dio un beso ñoño en la mejilla y caminó por el pasillo; cuando comenzó a bajar las escaleras dejó escapar un sonoro eructo.

Me pregunté adónde irían Ruby y John, qué harían. ¿Sería una cita romántica? O *sólo sexo*, como había sugerido Khaled. Pensé en esa mirada que John me había dedicado esta mañana, ese guiño, esos ojos juguetones. Vi a mi hermano, una versión más joven de John, e imaginé qué aspecto habría tenido si se le hubiera concedido la oportunidad de madurar. Entonces me sentí enferma y corrí al baño. Vomité toda la cerveza que horas antes había bebido tan ansiosamente.

TEXAS, 1993

En uno de mis primeros recuerdos tengo cuatro años. Todo se presenta en blanco y negro. Nos encontramos en un lago, y estoy cómodamente envuelta por un chaleco salvavidas. El viento es cálido y reconfortante. Levanto mi mano al cielo, dejo que el aire se cuele entre mis dedos.

Estamos en el norte de Texas, en un barco alquilado. Papá está navegando, en pie detrás del timón, sonriendo mientras ganamos velocidad. Su pello está oculto bajo su gorra de béisbol. Se ve tan alto. Todos parecen tan altos. Y yo soy diminuta, un pequeño insecto en comparación con mis padres y mi hermano.

A medida que comenzamos a avanzar cada vez más rápido, mi madre ríe y me sostiene cerca de su pecho. Su abrazo es firme y lleno de amor. Me adora en este momento. Estoy entre sus piernas, ambas de cara al viento. Bo también está allí; todavía es un cachorro. Está metido entre mi cuerpo y el costado del bote, y sus peludas orejas aletean hacia atrás. Su lengua está fuera y su saliva gotea sobre mi blusa. Mi hermano está al otro lado de nosotras, bien sujeto a un asa metálica. Tiene seis años, ya es un niño grande.

Fum. Fum. Fum. Navegamos a toda máquina sobre las olas de otro barco y viramos hacia nuestra cabaña de verano. El viento es más fuerte aquí, y siento que no puedo hacer que el aire entre en mi boca para respirar. La gorra de papá vuela de su cabeza, sale disparada muy por detrás de nosotras y aterriza en el agua. Él hace un gesto gracioso, y mi madre ríe de nuevo. Miro a mi hermano. Levi. También está riendo.

Todos ríen, ríen, ríen. Yo también río, porque quiero ser como ellos.

Éste es mi único recuerdo feliz de nosotros juntos. Se desdibuja cada vez más con cada año que transcurre. Lo que antes estaba lleno de colores, ahora es gris. Una menguante instantánea de cómo podrían haber sido las cosas antes de que todo cambiara.